

DAVID MANGANA GÓMEZ

La otra mesilla



La otra mesilla

David Mangana Gómez

Este relato ha obtenido el Tercer Premio en el III Certamen de Relatos "Literatura y Biblioteca", convocado con motivo del Día de la Biblioteca, el 24 de octubre de 2016, por la Dirección General de Patrimonio Cultural de la Comunidad de Madrid.

–Quería tres libros.

Cuando deslizó la mirada del ordenador, siguiendo la voz, la joven encontró ante sí una cara surcada de arrugas. Lo primero que atrajo su atención, convocando incluso un breve pero intenso escalofrío, fue la boca de Juan. Esa misma boca que, de pedírsele una cara triste, cualquier niño hubiera dibujado sin pensarlo, tajante y curva.

En su mano, Juan ofrecía el papel, que no había soltado ni un instante desde casa. La joven lo extrajo de aquel nido de dedos, extendiéndolo con cuidado sobre el mostrador, y lo leyó muy rápidamente, al menos en opinión de las pupilas de Juan.

–¿Había venido alguna vez a la biblioteca? –preguntó, mientras tecleaba en el ordenador.

–No –respondió Juan.

–¿Quiere que le ayude a buscarlos? –se ofreció ella entonces, levantándose ya, olvidada la pantalla, con una sonrisa alegre, limpia y amable.

Juan asintió sin pensar y, al poco, seguía el suave oscilar de la joven de un lado a otro, sumergido de repente, tras la bandera blanca de su bata, entre infinitas fauces de libros, desorientado por el zigzagueo, peonza trastabillada y al borde de la caída, a través del largo laberinto de baldas. Cuando dio la vuelta a la enésima fila de volúmenes, encontró a la joven bibliotecaria detenida a unos metros. Se volvió justo cuando él acababa de alcanzarle.

–Aquí tiene el primero.

Era un ejemplar pequeño, con portada de un amarillo apagado. Juan lo tomó en su mano, abrumado instantáneamente. La bibliotecaria señaló la pegatina del lomo.

–Mire. Esta “N” identifica las novelas.

Juan recordó, de repente, una noche lejana.

—Y las tres letras de debajo, “Mia”, son el comienzo del apellido de la autora. ¿Lo ve? Suzuki Miako. Bueno, aunque un japonés diría Miako Suzuki, porque ellos lo hacen a la inversa. O nosotros lo cambiamos. Pero no le lío...

Un segundo después Juan volvía a caminar tras la joven, que se detuvo dos veces más para atrapar con agilidad, casi sin mirarlas, las dos novelas restantes, guiándole después de vuelta hasta el mostrador.

Rellenó con parsimonia y no pocas dudas la documentación para hacerse con el carnet de la biblioteca, que le enviarían en unos días, y, tras tres pitidos de un aparato que le recordó al aspirador del coche y que la joven pasó sobre otra pegatina en las primeras páginas, Juan encontró los tres volúmenes ante sí.

—Disfrute de la lectura.

—¿Le dicen algo?

La sonrisa de la joven viajó por un instante a su ceño, del que volvió, sin embargo, duplicada.

—¿Cómo dice?

—¿Cree que estos libros... tienen relación entre sí? Quiero decir, los autores, ¿tienen que ver entre sí? —preguntó, y sintió de nuevo el pellizco del recuerdo—. Lo más importante de todo siempre es el autor, ¿no?

La joven bibliotecaria tomó de nuevo las novelas y las barajó entre sus manos. Juan notaba que se esforzaba en cavilar una respuesta. La blancura de su bata cada vez era más luminosa. Su boca, aún sonriente, se forjaba a cada segundo como inequívoco antónimo de la de Juan.

—Suzuki Miako, Beatriz Moreno y Felipe Riego... Por mucho que lo pienso, la única relación que veo entre ellos —dijo, dejando de nuevo los volúmenes sobre el mostrador y mirando a Juan— es que los tres escriben.

Nada más entrar en casa, Juan colocó los libros sobre la mesa de la cocina y se sentó. Debió de pasar cerca de una hora hasta que volvió en sí. No recordaba haberse sentido tan perdido en toda su vida. ¿Qué tenía que hacer

ahora? ¿Debía, realmente, hacer algo? Tomó el de tapas amarillas y lo observó durante otro largo espacio de tiempo. Al fin, fue hasta el armario del salón y volvió de nuevo a la cocina. Tras ponerse las gafas, lo que siempre le resultaba extraño por lo insólito, comenzó a leer la contraportada, abriendo levemente la boca y moviendo sus labios mudos. Los tres largos párrafos estaban escritos a un tamaño de letra que le resultó tremendamente pequeño, cercano a la tortura, y a pesar de releerlas varias veces, no fue capaz de entender muchas de las frases. Al acabar, volvió a la portada y, en las guardas, descubrió la foto de la autora. Junto a ella, una pequeña biografía. La leyó también, sin experimentar ningún cambio.

Tomó entonces el libro de Beatriz Moreno, de tapa dura y visiblemente más antiguo, y repitió los mismos pasos. Cuando acabó el mismo proceso con la novela de Felipe Riego, encuadernada en un gris ceniciento, la depositó junto a las otras en la mesa y sacó del viejo abrigo el papel, cada vez más arrugado. Se sorprendió un poco al escucharse hablar en alto.

–Tendré que leerlos.

Después de cenar, mientras arrastraba las migas de pan a la basura, Juan se quedó mirando el calendario pegado sobre la puerta del frigorífico. El día siguiente era 23.

Justo debajo del 16.

Su mujer había muerto una semana antes, pero la fecha descansaba a solo unos centímetros de lo que él aún podía llamar mañana. Juan suspiró.

Habían tenido una larga, una buena vida juntos, que empezó su cuenta atrás con la palabra cáncer. Y, a pesar de todo, tenía que reconocer que habían sido afortunados. Su mujer había esquivado buena parte del sufrimiento, al menos físico, apoyada por los cuidados paliativos y por el bálsamo constante de la Unidad del Dolor. Todo había seguido, dentro de lo que cabía, un guion suave y sin sobresaltos. Sin nada que no conocieran o no hubieran hablado de antemano. Sin nada que no hubieran llorado o confesado. No había sucedido nada que ninguno de los dos pudiera esperar.

Salvo aquel papel.

En los últimos días, cuando la ingresaron de nuevo, Juan volvía a casa a las diez de la noche, y, antes de las ocho, ya estaba de vuelta al pie de la cama del hospital. Fue una de aquellas mañanas. Le llamaron de camino. No podía ser otra cosa. No podía ser nada más. Nadie llamaba a esas horas. Tras colgar, Juan corrió, atravesando un amanecer frío y silencioso mientras se echaba en cara por qué no se había quedado a dormir con ella, y por qué era un viejo inútil que no podía correr más rápido en aquella agónica urgencia. Cuando llegó, ella ya no respiraba. Ya no le miraba. Ya nada. Ya nadie. Las habitaciones dormitaban aún en la telaraña enferma de la noche. Cruzó entre las enfermeras, en trance, besó a su mujer y se sentó como cada mañana a la orilla de la cama, tomándole de la mano. El papel estaba allí, apenas encerrado entre sus dedos. No lo leyó hasta que las enfermeras salieron para dejarles a solas, todo el rato que él quisiera, antes de iniciar el protocolo.

“Cógete estos libros de la biblioteca...”

Por la noche, Juan dejó las novelas en la mesilla y se tumbó en la cama. Alargó la mano a la pared, apagó el interruptor de la lámpara del techo y, al buscar el cable y pulsar el que encendía la de la mesilla, recordó, recalcada con un *click* la oscuridad, que la bombilla estaba fundida. Llevaba meses así. ¿Y para qué cambiarla, si les bastaba con la de ella?

Atrapado por el recuerdo y la penumbra, echó de menos a su mujer por enésima vez, con un eco doloroso e insondable que se filtraba sin remisión por todo su cuerpo. Añoraba su presencia. Su calor. Añoraba su mirada. Su voz. Añoraba las últimas risas del día, obligatorias, porque, pasara lo que pasara, siempre eran capaces de bromear recordando algo que les había ocurrido desde la mañana, o tiraban de anécdotas y bromas del pasado, rubricando la promesa, hecha cuando eran novios, de no acostarse jamás tristes ni enfadados.

Juan se arrastró con esfuerzo a través del colchón y buscó a tientas la otra mesilla hasta dar con el interruptor. Un interruptor que nunca había encendido. La habitación se iluminó. Sin ella.

Alargó la mano, tomó los libros y los dejó sobre la colcha, en su recién abandonado lado de la cama. Se sentía culpable ocupando el lugar de su mujer, pero cerró por un momento los ojos, se sacudió el pensamiento y trató de concentrarse.

Por la tarde, último intento desesperado, había repasado las novelas, pero de una manera física. Nada en los márgenes, ninguna página marcada, ningún mensaje escondido. Se sentía extraño con aquella pesquisa, pero, de otro modo, seguía sin poder entender... ¿Acaso su mujer quería que los leyera, que leyera aquellos libros, que encontrara algo en el interior de las novelas, una despedida, un guiño, algo destinado a él?

Su mujer sí que leía. Leía mucho y desde siempre. Cada lunes madrugaba y se dirigía a la biblioteca, donde pasaba toda la mañana. Juan la veía volviendo a casa cargada de libros, contenta. Y al poco empezándolos con intensidad. Y después mediándolos con delectación. Y por fin acabándolos, a veces con un mohín de desagrado por el tiempo perdido, pero a veces con un suave cierre, con un aplauso sordo y un breve eco de papel, acompañados incluso de un beso sobre la tapa o de un suspiro largamente contenido en los casos más exquisitos.

—Este me ha conmovido, mi amor.

Esas palabras tuyas. Conmover. Errático. Parsimonia. Efímero. Miles de palabras desconocidas salían a cada instante por su boca, alimentada de aquellas lecturas, contagiada de un lenguaje que a Juan a veces le parecía completamente distinto al de él. Pero, aunque no supiera qué significaban aquellas palabras, las entendía por la forma en que ella las pronunciaba, por cómo las introducía ágilmente en las frases. Las entendía porque, en definitiva, su mujer las dirigía sencillamente, ni frágiles ni rudas, hacia él. A veces, pequeña adicción creada a fuerza de años, Juan le pedía por las noches que dejara de leer y le enseñara alguna nueva. Ella dejaba la novela de turno en la mesilla y se tumbaba de lado, dándole la espalda, observando aquella torre de libros tomados en préstamo que, caduca pero perenne, nunca faltaba bajo el foco de la lámpara.

–Inerme –podía decir entonces.

–¿Qué es?

–El que carece de armas.

–¿Eso no es desarmado?

–También, mi amor.

Y seguía observando los libros, como si sus ojos, o su mente, pudieran atravesar las tapas y extraer palabras de su interior.

–Siempre te vuelves hacia ellos cuando vamos a dormir –le dijo Juan una noche, abrazándola–. Estoy celoso de esos malditos libros.

–Solo lo hago porque me traen el sueño.

–¿Qué te traen el sueño?

–Mira los lomos.

Juan levantó la cabeza sobre el hombro de ella.

–¿Qué les pasa?

–¿No ves las *enes*? Significa que estos libros son novelas –dijo ella sacando una mano de su abrazo y señalando la pegatina de la signatura–. Pero cuando los libros, como nosotros, se tumban para dormir, las *enes* se convierten en *zetas*. ¿Las ves? Y, ya sabes, las *zetas* son la onomatopeya del sueño.

Juan la abrazó más fuerte.

–Qué bien hablas. Cómo juegas con las palabras. Deberías escribir.

–Lo más importante no son las palabras, sino las historias –dijo ella, moviendo el índice hacia la derecha del lomo tumbado–, y son muy difíciles de encontrar. Por eso, mi amor... –dijo parando el dedo sobre las tres letras del apellido– lo más importante de todo siempre es el autor.

Juan jamás había leído. A veces hojeaba el periódico, pero no alcanzaba a llegar mucho más allá de los titulares. ¿Leer? Las facturas. Algunos carteles. Anuncios. Lectura práctica. Pero... ¿un libro? Unos capítulos, quizás, obligado en la escuela antes de abandonarla para ir al campo a trabajar con su padre, pero siempre sin el menor asomo de disfrute por la página, sin el más mínimo apego por aquella ajena evocación que le susurraban las líneas.

“Cógete estos libros de la biblioteca...”.

Era imposible que Juan leyera.

Pero Juan leyó.

Comenzó la primera novela aquella misma noche. La de Suzuki Miako, tapas amarillo apagado, resultó ser una historia de aventuras, de esas que a menudo devoraba su mujer. Juan se cansó enseguida. Comenzó a sentir un insistente dolor de cabeza y los ojos, quejosos, le pesaban sobremanera. Pero siguió, hasta bien entrada la madrugada, y, desde aquella misma noche, empleó todas las horas que estaba despierto en lo que nunca había hecho. En leer.

Una semana después, anonadado por el logro, acabó la novela. ¿Algún mensaje secreto de su mujer? ¿Instantes compartidos y reflejados en aquellas páginas? ¿Lugares comunes, al menos?

Nada.

¿Qué significaba aquello?

La segunda novela era un drama. Juan llegó a llorar con la historia escrita por Beatriz Moreno. Juan se sintió identificado con personajes lejanos y extraños. Juan leía mientras comía. Juan salía a caminar y se llevaba el libro para robarle unas páginas, aquí y allá, de parque en parque.

Pero, ¿qué había en aquel libro destinado a él? ¿Qué había en aquel libro que le recordara a su mujer, a su vida juntos? ¿O que fuera un amago de consuelo? ¿O que reflejara su amor...?

De nuevo, nada.

Acabó la tercera novela una noche, bien entrada la madrugada, expirado el plazo de devolución de los libros unos días antes. La de Felipe Riego era una trama policíaca bien urdida, que le había llevado consigo, en tensión, hasta el final, hasta la última página, ignorante hasta el renglón postrero de la identidad del culpable. Tras el breve éxtasis, Juan dejó la novela sobre las otras, en la mesilla. Suspiró largamente y se quitó las gafas, con un gesto donde asomaba ya una pequeña rutina.

Se levantó y fue al baño. Había estado aguantándose las últimas diez páginas, ansioso por conocer la resolución, hipnotizado por el cenit de la lectura. Antes de volver a la cama, se miró en el espejo. Qué cara más triste.

—¿Y qué cara voy a tener? —se preguntó, cada vez más acostumbrado a descubrirse hablando en voz alta.

Volvió a la cama y se tumbó de lado, mirando a la mesilla de su mujer. Observó las novelas, como hacía ella, con sus lomos a unos centímetros, con sus zetas, sin embargo, incapaces de traerle el sueño. Aquellas páginas que aún le sorprendía haber atravesado estaban cargadas de tres historias de las que Juan no podía sacar nada claro, más allá de pequeños instantes de emoción y de un poco de entretenimiento.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó al silencio, aunque esa vez no supo con seguridad si había pronunciado las palabras en alto.

Quizás le había encargado esos libros para ella, pensó entonces, para leer un poco y hacer más amena la rutina del hospital. Pero aquel “cógete estos libros...”. ¿Se había equivocado? ¿No habría querido decir “cógeme...”? Hasta el último día su mujer había estado lúcida, pero, en aquellas horas en las que no había estado junto a ella, volvió a repetirse, volvió a recriminarse... En aquellas horas, quizás...

O, quizás, su mujer solo había querido llevarle hasta allí, hasta donde se encontraba ahora, pensó, hasta su lado de la cama, preciosa trampa para quitarle el miedo a su ausencia, para abrazarle al consuelo de su fantasma, empática, consciente de lo inmensas y dolorosas que podrían ser las noches

sin el otro entre aquellas sábanas, entre aquellas paredes, entre todas aquellas heridas. Sí, quizás...

Lentamente, exhaustos por la lectura, los párpados de Juan se fueron cerrando sobre sus pensamientos, arrastrando consigo el lomo amarillo apagado, la tapa dura y antigua, la encuadernación de un gris ceniciento...

Hasta que algo, entre tanto quizás, le sobresaltó.

Juan abrió los ojos de golpe y se incorporó trabajosamente en la cama. Tomó los tres libros y colocó los lomos ante sí. Veía todo borroso. Las formas le mareaban. A tientas, alcanzó las gafas de la mesilla, se las colocó con una rapidez que sorprendió a sus pupilas, y fue moviendo las novelas entre sus manos, temblando, como un tahúr torpe incapaz de manejar las cartas. Lo hizo una y otra vez, hipnotizado, febril de repente, ahogado...

Hasta que las lágrimas explotaron en sus ojos.

—Lo más importante de todo siempre es el autor —la pareció escuchar, muy dentro de sí.

Riego.

Las lágrimas caían por las mejillas de Juan y sus labios comenzaron a cumplir una noche más la promesa que habían hecho cuando eran novios.

Miako.

Su boca comenzó a curvarse hacia arriba, casi incapaz de recordar el gesto.

Moreno.

Pero lo logró. Por ella. Porque no podían acostarse tristes ni enfadados.

Rie... Mia... Mor.